



## CAPÍTULO XI.

### SAN. FRANCISCO Y LA MUJER.

La mujer en la Edad media. — Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino. — La hermana espiritual de san Francisco. — Inés. — Las Clarisas. — La arrepentida de Rímini. — Filósofas y escritoras. — Las Terciarias. — La enemiga del César. — La arrepentida de Cortona. — Isabel de Hungría. — Libertad de la mujer en la fe. — Las mujeres y san Francisco.

.....  
*Das unbeschreibliche  
hier ist gethan;  
das Ewig-Weibliche  
zieht uns hinan.*

.....  
(Goethe, Faust.)

.....  
Aqui se realiza lo indescrip-  
tible: lo eternamente femenino  
nos atrae aqui.

.....  
(Goethe, Fausto.)

**S**i las creaciones del entendimiento influyen poco en la mujer, las del corazón la mueven y dominan pronta y enteramente. No estaba en la Edad media vedada á las mujeres la instrucción, ni causaba extrañeza el que se dedicasen á elevados estudios: entre los hielos del Norte, Salomea de Cracovia interpretaba la Sagrada Escritura, mientras que en el centro mismo de la vida intelectual, París, no tuvo á menos el orgulloso Abelardo, que se consideraba á sí

propio el mayor filósofo del mundo, convertirse en pedagogo de una doncella de la clase media, y ponerla al corriente de las profundidades escolásticas y primores de las lenguas doctas. Pero alejada la mujer del aula, candente yunque en que el martillo de la disputa afinaba las inteligencias; sujeta á su hogar y al preciso desempeño de aquellas haciendas y labores que, en épocas de tan escasa actividad industrial, no se eximían de desempeñar reinas y princesas; escaseando los libros, que á duras penas y con indecible trabajo se proporcionaban los sabios, carecía la mujer de estímulos que la excitasen á seguir con la mente las grandes controversias filosóficas de las universidades, las discusiones de los Concilios y el renacimiento de las ciencias morales y políticas que tuvo principio á la sombra de los claustros.

Mas si las escuelas y las cátedras, los cronicones y los códices, las fuentes de la ciencia griega y los trabajos de los Padres de la Iglesia eran, en general, indiferentes y casi ignorados, lo mismo de la castellana que entretenía sus veladas solitarias recamando rico tapiz, ó hilando suave copo de lino, que de la plebeya que amasaba y cocía el negro pan ó cardaba la vedija de lana burda, en cambio el acrecentamiento del fervor devoto, la aparición de las nuevas órdenes, el esplendor del culto, interesaron grandemente al sexo femenino. Merced á la íntima relación que unía en la Edad media los asuntos espirituales á los temporales, la fe á la política, la mujer tomó parte en las turbulencias civiles, vivió la vida nacional y religiosa de su época; y si no empuñó las armas en defensa de los Güelfos ó Gibelinos, del Papa ó del Emperador, si no altercó públicamente en Oxford, en la Sorbona ó en Colonia, no por eso dejaron de ocupar su voluntad y

pensamiento las luchas que presenciaba. La mujer de la Edad media se distingue de la romana, cuanto se diferencian el cristianismo y el paganismo. En la Edad media no se cree ya la mujer ligada á pensar como el Estado en materia de religión, ni á adorar los dioses de la patria. La convicción de sus derechos espirituales, de su alma redimida, formó las mujeres valerosas, pacientes y libres, cuyo recuerdo vamos á evocar para rendirles homenaje, al cual son harto más acreedoras que las Clelias y Lucrecias.

Curioso es ver cómo en una edad tenida por bárbara en concepto de la mayoría, por semibárbara en el de los más indulgentes, no se halla rastro de hostilidad al desarrollo y cultivo de la inteligencia de la mujer. La Iglesia, maestra de doctrina, cuyos fallos eran acatados entonces, alentó con su aprobación el vuelo del entendimiento de mujeres ilustres, que en la soledad monástica especulaban sobre altos dogmas y misterios, recorriendo el camino que con tanta gloria pisó nuestra doctora de Ávila. Hildegarda, venerada por san Bernardo y por numerosos pontífices, recibe consultas de arzobispos, de reyes, de comunidades religiosas, de doctores, sobre difíciles lugares teológicos; admira Europa sus escritos henchidos de ciencia y sabiduría y sus explicaciones de la Encarnación y de la Trinidad (1). Margarita Colona obtiene renombre por gran latina y versada en las Escrituras; Ángela de Foligno se entrega á hondas especulaciones metafísicas acerca de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo; la beata Elena de Padua tiene revelaciones, arcanas y altísimas; y penetra tanto en los abismos de la Trinidad Clara de Montefalco, que al abrir su cadáver piensa la devoción hallar depositada en sus vísceras portentosa prueba del misterio.

Así ardió la luz de la teología en almas femeninas tan puras como vasos de alabastro.

Es verdad que á principios del siglo XIV, el concilio ecuménico de Viena hubo de anatematizar á ciertas devotas, llamadas Beguinas (2) por sus continuas disputas é investigaciones teológicas : mas no se fundaba la condena en el sexo de las disputadoras, sino en las erróneas conclusiones que sustentaban. Fueron condenadas como otros muchos sectarios, no por pensar, sino por errar pensando. Dada la intensidad del sentimiento religioso en la mujer, y la viveza de su fantasía y mente, no era natural que el sexo menos docto se librase del contagio de doctrinas que subyugaban á inteligencias fortificadas por la dialéctica y el método en los estudios : antes al contrario, la mujer hubo de abrazarlas con mayor ardor, si cabe, que el hombre. Los novadores y visionarios que de tiempo en tiempo aparecían, Tanquelino (3), Eon de la Estrella, Segarello, no hallaron prosélitos más entusiastas ni más ciegos secuaces que las hembras. Particularmente ejercieron fascinación en la mujer las herejías que presentaban carácter á la vez misterioso, práctico y sentimental. Un doctor, arguyendo con sutileza y minando el dogma, puede influir en el entendimiento de los sabios ; pero un iluminado que predica en las esquinas ó enseña en conciliábulos secretos, con ritos peregrinos y extraordinarios, señorea el corazón y la fantasía, lados vulnerables del pueblo y de la mujer. Por eso se advirtió que en la mujer y en las clases populares se arraigaba y cundía con mayor prontitud la orgullosa mendicidad valdense y el panteísmo místico de los begardos, que los errores albigenses, más metafísicos, y entre cuyos defensores se contaban tantos hombres doctos, tantos grandes y poderosos de la tierra. Sedu-

cían á la mujer, más que los razonamientos, las acciones ; y el demacrado rostro de un fanático, las ceremonias de la iniciación celebradas en alguna cueva tenebrosa, las extravagantes penitencias, las vagas teorías, más creídas cuanto menos razonadas, eran cebo de la curiosidad y señuelo de la imaginación de las sectarias. Algunas perecieron en la hoguera sin retractarse, con extraña tenacidad y feroz valentía.

Si en tanto grado agitó á las mujeres el tempestuoso oleaje de la devoción independiente, ¿qué mucho que la arrastrara la corriente mansa, pero fortísima, de Asís? ¿Quién reunió más dotes que san Francisco para prender y cautivar á seres dotados de gran sensibilidad y ternura, si puede decirse que en él encarnó ese elemento inefable que eleva las almas á las esferas celestes, y que Goethe llama *lo eterno femenino*? La vida maravillosa de Francisco, su caridad abrasada, que comprendía á todos los seres, su afectuosa comunicación con la naturaleza, los prodigios que por él y en él obraba el amor, la poesía inexplicable de sus menores actos, eran llamadas y atractivos para los corazones puros y las encendidas mentes, que en el sexo femenino abundan, por más que no sean patrimonio exclusivo de él.

La primer tórtola que acudió al dulce reclamo, fué Clara Sciffi, hija de los condes de Sassorosso. Seguramente antes que la noble virgen se arrojase á los pies de Francisco, había éste hecho correr con su voz lágrimas de contrición por hartas hermosas mejillas, y no pocas damas, orando en soledad, con la frente sepultada en los cojines de terciopelo del reclinatorio, sintieran ímpetus de cubrir su cuerpo gallardo con el sayal, y ceñir su talle con la cuerda del milagroso penitente. Pero Clara obedeciendo al divino impulso,

ganó el puesto de hermana espiritual de Francisco (4) y, según bellamente la nombran los cronistas de la Orden, de estrella matutina del firmamento franciscano.

Llevaba Clara, como Francisco, un nombre nuevo y nunca hasta entonces usado, á causa de haber sido la condesa de Sassorosso confortada en las angustias de la preñez por una voz que le dijo : « Mujer, no temas, que parirás luz que ilumine el mundo. » Por lo cual la condesa llamó *Clara* al fruto de sus entrañas y lo educó piadosamente. La niñez y adolescencia de Clara corrieron contemplativas, perfectas, libres de los combates y tentaciones que asaltaron á santa Teresa en su edad juvenil. Elegida para modelo, para ser saludada por la Iglesia con el título de *Matris Dei vestigium* (imagen de la Madre de Dios), nunca un soplo de concupiscencia agitó la límpida superficie de su alma. Volaba la fama de Francisco desde Umbria á toda Italia, cuando los padres de Clara pensaron en que la florida doncellez de su hija pedía bodas, y le propusieron para esposo un mozo hidalgo de la ciudad misma de Asís. Entonces meditó Clara en su destino y vocación. No se sentía dispuesta á nupcias terrestres : procuró celebrar algunas entrevistas con Francisco y descubrirle su horror al matrimonio, sus aspiraciones á otro estado más alto y perfecto. Francisco acogió con júbilo á la paloma guía que anunciaba la llegada del bando. La amaestró muy bien en lo que había de hacer, y Clara se despidió gozosa y resuelta.

El Domingo de Ramos acudían los moradores de Asís á la misa y bendición de las palmas, y causaba pasmo el brío y bizarría de Clara, que entre las demás jóvenes de la nobleza caminaba al templo. Habitadas las gentes á verla con modesto continente y sencillo

arreo, se sorprendían mirándola tan engalanada y hermosa, con rico traje y joyas magníficas. En el momento de la distribución de las palmas, las otras damas se agolparon al presbiterio, y Clara con timidez se quedó atrás : visto lo cual por el Obispo, descendió las gradas, yendo á colocar la palma en manos de la doncella, y el murmullo ahogado que en la iglesia promovió este incidente, subió de punto notando que el ramo amarillo y seco se vistió de lozano verdor al asirlo Clara.

Cuando vino la noche de aquel día, abandonó Clara recatadamente la casa paterna, acompañada sólo de Bona Guelfucci, parienta entrada en años que ya la había escoltado en sus visitas á Francisco. Salieron al campo por una poterna del palacio, obstruída tiempo hacía por escombros, vigas y trozos de sillar que Clara, mostrando vigor sorprendente, apartó con sus débiles manos. Á paso ligero se encaminaron ambas mujeres á la iglesia de la Porciúncula. Hallábase ésta iluminada como para fiesta solemne ; entonaba Francisco y sus hermanos el rezo de laudes. Al entrar Clara, quitóse el manto negro que la rebozaba, y se dejó ver con el propio atavío que ostentara por la mañana en la bendición de las palmas. Resplandecían á las múltiples luces de los cirios el oro y brocado de su rozagante brial, las pedrerías pendientes de sus orejas y garganta. Postrada ante el altar, comenzó á arrancarse y á arrojar en los escalones los brincos y joyeles, á destrenzar las perlas, á desprender las flores que engalanaban su cabeza gentil. La mata de pelo blondo y rizo se tendió libre por sus hombros, como la mies dorada por el llano, y un momento después rechinaron las tijeras entre aquellas suaves ondas, y Francisco colgó la perfumada crencha á los pies de la

Virgen. En seguida desapareció el traje galano, y vistieron á Clara la túnica grosera y lisa, la cuerda de ásperos nudos, los velos, blanco el uno como la pureza perenne, negro el otro como la soledad perpetua. Y mientras la joven desposada de Cristo pronunciaba los votos eternos, los franciscanos cantaban regocijadamente el epitalamio de las divinas bodas.

Tan pronto como se advirtió la desaparición de Clara, y lograron sus parientes investigar su paradero, dirigiéronse al convento de Benedictinas en que provisionalmente la había albergado Francisco, propuestos á disuadirla de su resolución y sacarla del claustro de grado ó por fuerza, y, rehusando Clara acompañarlos de nuevo al siglo, dieron muestras de querer emplear medios violentos. Entonces la mocita de diez y ocho años se alzó el velo, mostrándoles en su cabeza la tonsura, y cogiéndose al altar con sobrehumana fuerza, reclamó la espiritual independencia del cristiano, que no puede ser de nadie coartada. El respeto al ara y á los santos votos detuvo á los airados parientes, que dejaron á Clara; pero á pocos días hubo de renovarse la batalla, con causa reciente y diversa. Tenía Clara una hermana menor, Inés, que sabedora de la resolución de la mayor, á vuelta de poco más de dos semanas se fué á acoger al regazo de Clara, con propósito de adoptar la misma vida. La familia de Sciffi, que á duras penas sobrellevaba la pérdida de la prudente y discreta Clara, montó en cólera desmedida al ver desaparecer del soberbio palacio señorial á la cándida Inés, cuya presencia, á modo de sonrisa de la aurora, alegraba los severos aposentos. Uniéronse los deudos de los nobles linajes de Fiume y Sciffi, y capitaneados por Monaldo, tío de las jóvenes novicias, se dirigieron al monasterio de Santo Ángel, no ya con ánimos de

rogar y amonestar, sino con furioso denuedo, propuestos á atropellar por todo y traerse á Inés si el mundo entero lo estorbase. No osaron las Benedictinas de Santo Ángel cerrar las puertas á la armada tropa, la cual, habiendo penetrado hasta la celda de las dos hermanas, arrancó á Inés trémula y llorosa del seno de Clara, y se la llevó en volandas como robada, no sin mesarle los cabellos y ofenderle á puñadas el rostro, con toda la característica rudeza de aquellos tiempos. Clara entre tanto se había puesto en oración. Al llegar á la mitad del camino se aflojaron un tanto las manos de los raptos, é Inés con no vista presteza se arrojó al suelo, determinada á dejarse hacer pedazos más bien que seguir adelante. Probaron á alzarla entre todos, pero hallaron que su esbelto cuerpo era de un peso tan grave y extraordinario, que los esfuerzos unidos de doce caballeros no bastaban á moverla una pulgada. Llamaron en su ayuda á algunos viñadores que allí cerca trabajaban, y los robustos gañanes, sudorosos y rendidos, desistieron de la empresa, no sin exclamar entre risueños y atónitos: — « Á fe que para que pese tanto la niña, debe haber comido plomo toda la noche » (5). — Irritados de su impotencia, los parientes desahogaron la rabia golpeando de nuevo cara y cabeza de Inés: y Monaldo, más que ninguno déspota, alzaba ya el puño cerrado para descargar un golpe, acaso funesto, sobre las sienes de la niña, cuando se paró exhalando un aullido: horrible dolor acababa de paralizar su mano. Huyeron todos desfavoridos á tiempo que Clara llegaba para intervenir en la bárbara escena. Antecogió á la cordera casi exánime y mordida de los lobos, sosteniéndola hasta el monasterio, donde á poco pronunció Inés los votos deseados.

Eran ya dos las mujeres consagradas á la penitencia bajo la regla de Francisco, y éste resolvió alojarlas en San Damián, la ermita por él reconstruida, nido cuyas pajas había juntado, por decirlo así, una á una. Allí tuvo su cuna pobre la Segunda Orden franciscana, cuyo rápido incremento sabremos en breve (6). Francisco nombró á Clara primera abadesa. Antes de hablar de la Orden, terminemos la historia de su fundadora. Es la de un alma á trechos sumergida en celestes delicias, á trechos abrumada por cargos y responsabilidades que desempeña y arrostra con tino y firmeza varonil. Para entender cómo seguía Clara las huellas de Francisco, baste decir que era su cilicio áspera piel de cerdoso jabalí, ó recia estera de crin de caballo; que salaba las legumbres con ceniza, y con llanto ablandaba el pan; que tres días por semana se abstenía de probar bocado, hasta ser preciso que el obispo de Asís le ordenara tomar, cuando menos, onza y media de sustento á cada sol; que dormía en las frías losas, con un leño por cabecera; que iba descalza en invierno, y que lavaba humilde los pies á sus monjas, besándolos al enjugarlos. Divulgada la fama y nota de su santidad, los paisanos del valle de Espoleto invocaban á la virgen Clara para curar á epilépticos y energúmenos, y su nombre libraba á la pastora ó al viajero extraviado de las manadas de feroces lobos, merodeadores de las montañas. Mientras la simplicidad de los campesinos honraba así á la hermana espiritual de Francisco, el Vicario de Cristo á su vez se inclinaba ante ella reverente. Venerábala ya Honorio III; Gregorio IX le escribía largas epístolas, narrando las amarguras que le ocasionaba el cisma, las inquietudes y zozobras que combatían su espíritu; Inocencio IV no sólo mantuvo con Clara seguida co-

rrespondencia, sino que visitó en dos ocasiones el convento de San Damián. La primera ordenó á Clara bendijese los panes de la humilde colación dispuesta en el refectorio, y en cada hogaza se vió grabada una cruz; la segunda, estando Clara á punto de muerte, llegó á tiempo de consolar su agonía, y aun quiso canonizar á la bienaventurada antes de que hubiese sido sepultado su cadáver (7).

Clara era de esforzado corazón y ánimo resuelto: cualidades de fundadora. Rigió con mansedumbre y energía la grey numerosa que tuvo á su cargo. En el sosegado aprisco de San Damián suspiraba secretamente, atormentándola el anhelo de ir á buscar martirio entre los infieles: aspiración de tantos nobles espíritus de los siglos medios. Á punto estuvo de ver colmados sus deseos, sin moverse de Umbria. Tenía á sueldo Federico II veinte mil feroces alárabes, que á modo de trailla de sangrientos lebreles soltaba por el país adicto á la causa pontificia. Un día los arrojó sobre Asís. Oíanse sus gritos de exterminio en los arrabales de la ciudad, cuando Clara tomando en las manos la custodia y abiertas las puertas del convento, salió con paso tranquilo al encuentro de los invasores. El ropaje de la Santa, el semblante, y el arca sagrada que oprimía contra su pecho, lanzaban resplandor misterioso. Los habitantes de Asís cobraron fuerzas viendo aquella monja confiada y apacible que andaba derecha al enemigo. Los bárbaros fueron rechazados. No tardaron nuevas fuerzas imperialistas en embestir la villa. Entonces Clara y sus monjas cubrieron de ceniza las cabezas clamando á Dios, que pues bien sabía que Asís daba á sus siervas pobres el sustento, conjurase la plaga espantosa que al pueblo amenazaba. Un torbellino que levantó espesas nubes de polvo,

ayudó á hacer retroceder segunda vez á los cismáticos, perseguidos de cerca por los ciudadanos de Asís.

Dedicóse Clara con afán incansable á conseguir que imperase en su Orden aquel espíritu de total pobreza, que es como esencia y sustancia de la regla franciscana. Perseverante en su empeño, combatió cuantos obstáculos le ofrecían la benevolencia y compasión, más peligrosas en este caso que el odio. Movido de lástima al ver á unas flacas mujeres imponerse tales austeridades y privaciones y fiar á la caridad pública el cuidado de su subsistencia despojándose de todo emolumento, Gregorio IX quiso mitigar la regla, ofreciendo á Clara absolverla del voto de pobreza. — « Padre Santo — respondió con entereza Clara — la única absolución que pido y necesito es la de mis pecados ». — Más adelante impetró de Inocencio IV, con humildes y tiernas súplicas, el privilegio de pobreza evangélica perpetua para su Orden. Inocencio IV escribió de su puño y letra la Bula, añadiendo á tan singular concesión la de su llanto, que corrió abundoso sobre el privilegio (8).

Parecía como si Francisco hubiese cedido á la hermana predilecta parte de su alma al asociarla á su obra. Lo mismo que Francisco, tenía Clara un género de devoción encendido y vehemente, y en sus arrebatos y transportes percibieron sus compañeras y discípulas más caras, que ya le rodeaba la cabeza un nimbo luminoso, ya le nacían en los hombros rojas alas de fuego, con que volar á las esferas del amor. Otras veces contemplaban á Jesús, que en figura de lindo rapazuelo se sentaba en el regazo de Clara, con la misma familiaridad con que los pintores lo representan travesando en el de la Virgen. *Las Florecillas* narran cómo hallándose Clara enferma y encamada el día de

la Natividad de Cristo, y sintiendo gran dolor por no poder asistir á los oficios en el templo, el Esposo, condolido de su pena, la trasladó á la iglesia de Francisco, donde presenciase el rezo matutino, la Misa del Gallo, y recibiese la Eucaristía, volviéndola después á su lecho. Asimismo hablan del banquete memorable en que Francisco y Clara, comiendo juntos el pan y la sal, consagraron la fraternidad de las almas, sin distinción de sexo ante la fe. Dejemos al relato su candor y su fresca seductora. « Al primer manjar — dice — comenzó san Francisco á hablar de Dios tan suave, alta y maravillosamente, que descendiendo sobre todos la abundancia de la divina gracia, fueron en Dios arrebatados. Y estando arrebatados así, con ojos y manos alzadas al cielo, los hombres de Asís y de Betona, y del país comarcano, veían que Santa María de los Ángeles, y todo el lugar, y la selva próxima, ardían fuertemente, y parecía como si fuese un gran fuego que ocupara iglesia, lugar y selva; por lo cual con mucha priesa corrieron allá para extinguir el fuego, creyendo realmente que todo ardía. Mas llegados al lugar y encontrando que no ardía nada, entraron adentro y hallaron á san Francisco y á santa Clara, arrebatados en Dios por la contemplación, y sentados en torno de la humilde mesa. Por donde entendieron que aquél había sido fuego divino, y no material, que Dios hiciera aparecer milagrosamente, para demostrar y significar el fuego del divino amor en que ardían las almas de estos santos frailes y santas religiosas (9).

Al expirar Clara, vieron las monjas que rodeaban el mezquino catre en que á puras instancias del médico tendiera su cuerpo macerado la *Madre de humildad*, abrirse á deshora la puerta de la celda, y penetrar

silenciosa procesión de vírgenes con albas túnicas, ceñida la frente de nítidas azucenas, y en pos de ellas la Emperatriz del cielo, que entre cantos y festivas aclamaciones de ángeles tomaba á Clara en sus brazos para conducirla al tálamo del Esposo. El pueblo de Asís, lejos de entonar tristes salmodias por Clara, prorrumpió en himnos de gozo cuando supo su muerte: repicaron á gloria las campanas, y suave fragancia inundó la cámara mortuoria. Dos años después de su fallecimiento, día por día, se expidió la bula de canonización de Clara. Es Clara el único santo cuya imagen anduvo estampada en moldes ó formas de hostias: de ordinario tales moldes representan una cruz, un cáliz, un cordero ó cualquiera otro signo eucarístico.

Llamáronse las monjas de la Orden segunda *Damianitas*, *Señoras pobres*, *Claustales*, *Minoritas*, y finalmente *Clarisas*: propagáronse, en pocos años por todo el mediodía y el norte de Europa. Más fácil fuera contar las estrellas que titilan en el ancho firmamento durante una noche apacible, ó las margaritas que se abren en el prado al tibio soplo de la primavera, que decir cuántas trenzas de hermosos cabellos fueron segadas al pie de los altares después de la de Clara, ó cuántas frentes juveniles sombreó el velo púdico de las Clarisas. Son las virtudes del estado monástico en la mujer de suyo tan mudas y discretas, que las compendia una reja y una sepultura: sólo Jesucristo cuenta las lágrimas, las penitencias, los abatimientos y los consuelos del alma solitaria: expiran los sollozos, y se ahogan los himnos en las espesas murallas, y los lirios nacen, embalsaman y fenecen dentro de cerrado vaso que archiva hasta el polvo de sus hojas. No obstante, á veces un suceso inesperado viene á descubrir la sellada fuente del heroísmo, que

atesoran pobres y débiles mujeres en la paz y silencio de la clausura. Díganlo las Clarisas de Tolemaida. Á fines del siglo XIII, cuando la cristiandad atribulada veía á los árabes recuperar el Oriente y posesionarse otra vez del Sepulcro santo, ayudados por la apatía de algunos príncipes y la torpe complicidad de otros, Malek-al-Aseraf, soldán de Egipto, asaltó la rica ciudad de Tolemaida, baluarte del poder occidental, y la tomó, á pesar de la briosa defensa que hicieron los caballeros Hospitalarios. En el momento de horror en que sesenta mil infantes y otros tantos jinetes musulmanes entraban á sangre y fuego por calles y plazas, la abadesa del convento de Clarisas reunió á sus monjas, y dándoles ejemplo y enseñanza de cómo habían de burlar la brutalidad de los infieles, se cortó la nariz. Imitaron todas el sacrificio, y mutilaron y desfiguraron sus rostros con tal empeño, que al entrar los mahometanos y hallar en vez de bellas vírgenes, sangrientos y espantosos monstruos, no pensaron sino en pasarlos á cuchillo. Con harta razón dice un historiador de la Iglesia, que á haber mostrado los hombres el valor de estas monjas, no se perdiera la Tierra Santa.

Abordaron á las costas de España las dos primeras Clarisas enviadas por Clara, á fin de que extendiesen su Orden, atravesando el Mediterráneo en frágil barquichuelo, sin velas ni remos, sacudido al capricho de las olas. En España fundaron numerosos conventos. Los Reyes Católicos, compadecidos de la precaria situación de las Clarisas de Madrid, conocidas por *Descalzas Reales*, les obtuvieron, sin consultarlas, dispensa pontificia del voto de pobreza. Dudaron ellas un punto si deberían guardar el privilegio, sin hacer uso de él, en sus archivos: mas al cabo, no queriendo ni aun conservarle, ocurrióles una idea ingeniosa.